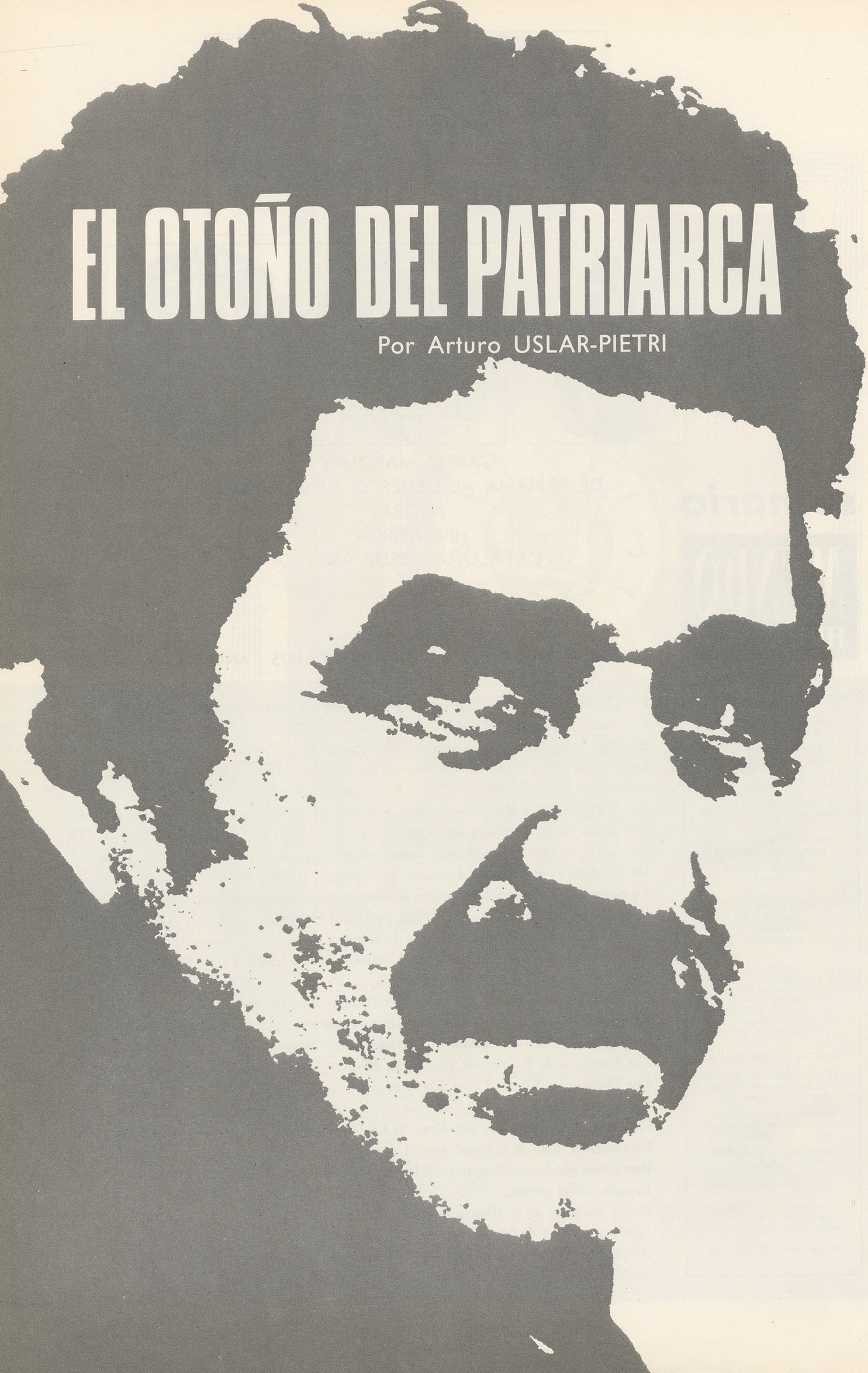
EL OTOÑO DEL PATRIARCA

Por Arturo USLAR-PIETRI



LLAMADA desde el fondo de los tiempos, la compleja figura histórica del caudillo hispano-americano vuelve a ocupar la atención de las gentes. No ya como fenómeno viviente y actuante, sino como tema de evocación literaria y hasta de exorcismo mágico del pasado en una hora de presente confuso. Dos de los mayores novelistas de la hora actual, Alejo Carpentier y Gabriel García Márquez, le han consagrado sus últimos libros, «El recurso del Método» y «El Otoño del Patriarca». Aparece en ambos la figura pintoresca, contradictoria y misteriosa del caudillo criollo. Lo han hecho sumando rasgos de distintas personalidades históricas de diversas épocas y países para crear un compuesto casi intemporal. Predomina en ambos una visión caricatural o esperpéntica que no penetra en las raíces del curioso fenómeno y que se complace en la construcción de un sorprendente retablo de inexplicables personajes, sucesos y ambientes.

A fines del siglo pasado, el extraño escritor francés Alfred Jarry creó un personaje famoso y desconcertante, «Ubu rey», que es uno de los más poderosos antecedentes del surrealismo y de la literatura de lo irracional. El adolescente Jarry, con violencia creadora, forja una especie de robot, temible y risible, movido por la codicia y el ansia de poder que actúa en un mundo de pesadilla y de cruel imaginería infantil. Mucho de Ubu hay en la figura de los tiranos descritos en rica prosa barroca por Carpentier y García Márquez.

Pero no puede uno menos que pensar que el caudillo hispano-americano, con todo lo de pintoresco y hasta de cómico que haya podido tener, era fundamentalmente un personaje trágico, cargado de historia real y de significaciones profundas, porque una cosa han sido los dictadores ocasionales y más o menos atrabiliarios que han sufrido muchos países del continente a lo largo de su historia, y otra muy distinta la peculiar y poderosa especie de los caudillos, a la que pertenecen figuras tan representativas como Santa Ana, Rosas, Páez, Porfirio Díaz y Juan Vicente Gómez. Fueron productos de la tierra, de la tradición y de la necesidad histórica. Representaban a cabalidad, y allí reside el secreto de su inmenso y efectivo poder, la realidad de un mundo rural que había roto los lazos del imperio español para tratar de implantar instituciones republicanas y liberales que no tenían ninguna base en su pasado. El caudillo histórico fue la fuerza autóctona que llenó el vacío de poder. La realidad hispanoamericana produjo de hecho y con mucha originalidad una forma de organización, que estaba en pugna con los ideales republicanos a la europea, pero que correspondía profunda y estrechamente a la estructura económica y social de la época. El peligroso divorcio entre las instituciones republicanas tomadas de Filadelfia y de París y la situación real de aquellos pueblos surgidos de la guerra de Independencia, lo vio desde el primer momento, con escalofriante claridad, Bolívar. Su lucha no fue solamente contra los ejércitos del rey, sino también contra los ideólogos simplistas que soñaban con «repúblicas aéreas», ignorando la historia, las costumbres y las formas tradicionales de la vida social.

Uno de los hombres que más tenaz y brillantemente luchó contra los caudillos fue, sin duda, Sarmiento. Sin embargo, a pesar de su pasión anti-rosista, a la hora de tratar de explicar la situación argentina no nos da una caricatura de don Juan Manuel, sino el trágico y hermoso retrato de «Facundo». Desde las primeras líneas de su gran libro nos revela su propósito, que no es otro que el de volverse al pasado inmediato para entender el presente: «Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo. Tú posees el secreto, revélanoslo.»

Sarmiento siente, con razón, que en «Facundo» está una clave de la realidad argentina, ligada al gaucho, a la frontera, a la vida rural, al sentido de las costumbres, y le pide al odiado guerrero que le ayude a entenderla y explicarla. Es ésa la diferencia entre considerar al caudillo como un accidente pintoresco y hasta risible y estudiarlo como una fuente reveladora del complejo ser del mundo hispano-americano.

¿Por qué y cómo surgieron hombres como Don Porfirio, como Solano, como Rosas, si no reflejaban el sentimiento, las inclinaciones y el ser interior de una mayoría de sus pueblos, si no eran, en el más exacto concepto, intérpretes, representantes y personificadores del más fuerte sentido colectivo existente para la hora?

Con frecuencia se ha hablado del retraso del tiempo histórico de la América hispana con respecto a occidente. Es una básica y complicada cuestión. La resurrección del fresco como arte de comunicación popular por los mexicanos del siglo XX es un fenómeno de la misma clase que el surgimiento de un feudalismo criollo, que en nada reproduce conscientemente el antecedente europeo de la Edad Media, pero que corresponde a una realidad parecida en otro ámbito y en otra ocasión. Sería un error comparar a Rosas o a Gómez con los jefes políticos de la Europa de la Reina Victoria. Ciertamente parecen estar más cerca, a pesar de los siglos que los separan, de un Luis XI de Francia, de un Tudor inglés, o de un Sforza de Milán, que de ningún moderno líder de país industrial. Tan alejados y diferentes como el mundo de las estancias y las haciendas del de las fábricas y aglomeraciones urbanas de Londres o de París.

Es el pasado real el que está vivo en esas figuras alucinantes, y es el deseo de comprenderlo y explicarlo lo que nos vuelve de nuevo hacia ellas.